

TODOS SEREMOS MAYORES ALGÚN DÍA



El ser humano es tan estúpido que no se da cuenta de que todo lo que hagamos por nuestros mayores lo estamos haciendo por nosotros mismos. Que la vida pasa muy despacio en la niñez y en la juventud, pero vertiginosamente deprisa después, cuando casi se confunden los días con las horas, las semanas con los meses, cuando los años van marcando en nuestros cuerpos las numerosas limitaciones que nos conducen inexorablemente a la vejez. E ignoramos a nuestros ancianos, y sólo somos capaces de mostrarles condescendencia, a pesar de que en ellos habita nuestro pasado, la vida que se fue, y seguramente el empeño de habernos dejado algo mejor. Da igual a la época que contribuyeron, lo cierto es que gracias a los que envejecieron nuestro país alcanzó la modernidad.

Tras los ojos acuosos y tristes de algunos mayores podemos adivinar cómo vivieron, cuánto tuvieron que luchar por esto o aquello, en un país en vías de desarrollo, en el que la moneda de cambio siempre fue la injusticia y el abandono. Los ancianos del futuro, entre los que nos encontraremos todos nosotros, seguramente no lo tendremos tan duro en lo material, pero sí en lo afectivo y en lo sentimental. Por eso, aunque sólo sea por egoísmo, debemos ser generosos y comprensivos con ellos, pues todos sin excepción habremos de pasar por ese natural tránsito del ser humano.

Los jóvenes, en general, desprecian a los viejos, los increpan cuando conducen despacio, o los esquivan de mala manera en los paseos cuando van con sus colegas. Cuánta imbecilidad, cuánta soberbia y ceguera; apenas advierten que ellos están condenados a ocupar el lugar de los que ahora maltratan. Las arrugas se deberían convertir en galones y premios a la sabiduría. Las marcas que el tiempo deja sobre nuestra piel habrían de valorarse como cánones de belleza para el alma. Como las necesarias cicatrices que nos convirtieron en seres más plenos y sabios. Una gran parte de la gente de edad debería contar con dos o tres votos en las elecciones, pues sólo desde esa natural e irremediable perspectiva de vacío, de vértigo hacia la lejanía de lo material, de sentido hacia la inevitable marcha, se puede ser justo, equilibrado, y sobre todo desapegado de tanto como pretendemos conquistar, antes de advertir que nos había llegado la vejez.

Tener muchos años no se debe convertir en amargura, al contrario, en el mundo actual es una hazaña, pues quiere decir que pudimos sortear los miles de peligros que nos acecharon. A lo sumo son tiempos distintos, en los que todo se ha de mirar de forma diferente. Serán años en los que iremos sustituyendo aquellas pasiones por estas sabidurías, por nuevas sensaciones. Años en los que sentiremos el regusto de haber sido capaces de hallar tantas soluciones a los muchos problemas que tuvimos. Y donde el pasar de la vida lo iremos cristalizando a través de las existencias, primero de nuestros hijos, luego de nuestros nietos: y sus éxitos o fracasos serán los nuestros.

Desde luego que en la vejez se anda con paso más lento, pero sólo es una limitación física, pues nuestras vidas pueden seguir conservando movimientos firmes y vigorosos en relación a las metas que todavía podamos conseguir. El exceso de actividad física suele limitar la vida intelectual. Los años que nos toquen vivir de mayores habremos de aprovecharlos para confirmar lo que aprendimos.

El movimiento del alma es imparable, lo mismo que el de la inteligencia, el del amor y el de los valores y sueños: pueden llegar a ser tan rápidos y vigorosos como nosotros queramos. Aprovechemos las limitaciones físicas para ejercitar la vida intelectual. Pues, a pesar de todo, sólo se es viejo si uno se abandona, y así lo quiere.